

CAPÍTULO XVI.

PRIMERAS REFORMAS DE PIO IX.—MANIFESTACIONES

POPULARES.

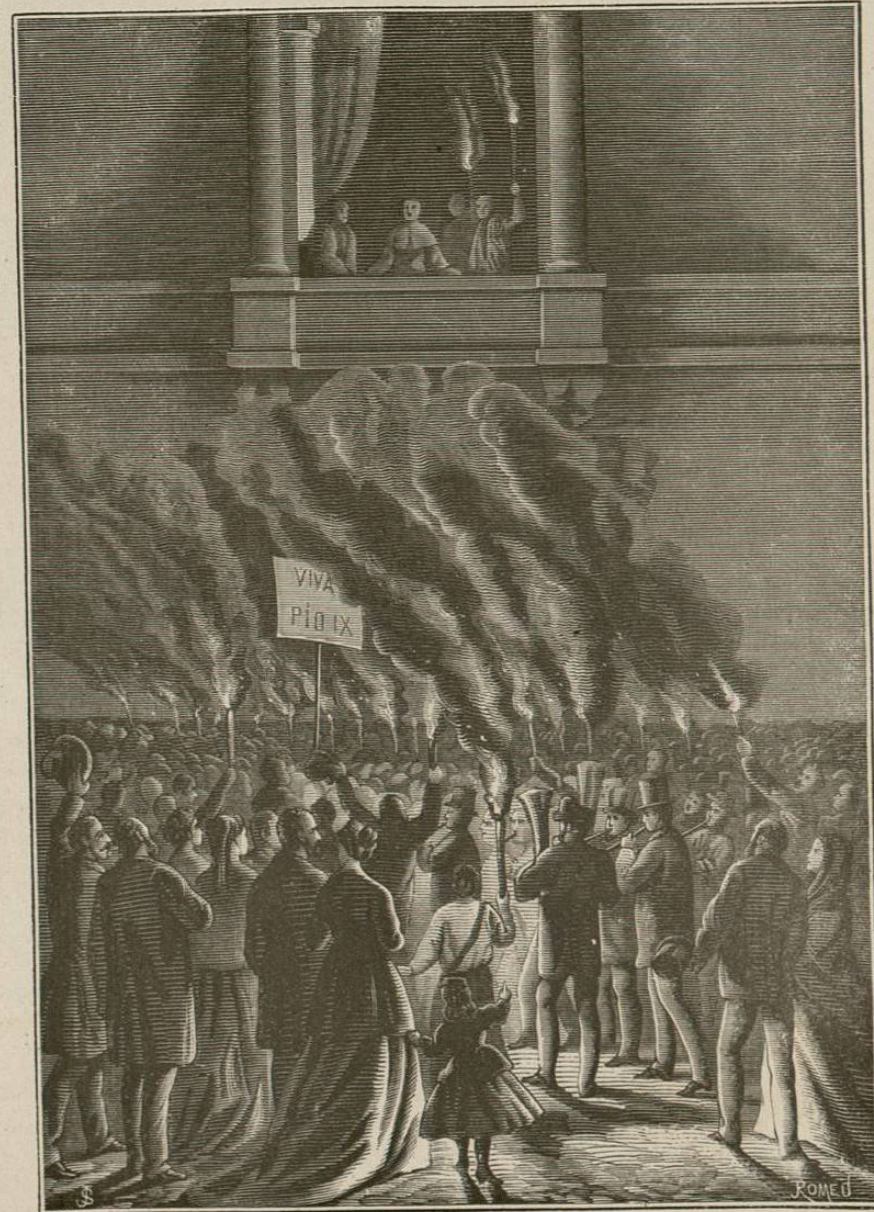
DEBEMOS descender al examen de los primeros actos políticos del actual Pontificado. Abiertas las puertas de la patria á cuantos de ella habian justamente sido expulsados, el Papa contaba con la fidelidad de su pueblo agradecido para emprender difícilísimas modificaciones en el modo de ser de sus Estados. En el fervor del entusiasmo el pueblo romano habia resuelto elevar un monumento, cuya gloria artística eclipsara los resplandores de las bellezas de que el arte ha sembrado el privilegiado suelo de la capital del mundo, para que lucieran en aquella tierra las brillantes maravillas del hombre, como en el firmamento del cielo brillan las estrellas de que Dios le ha tachonado, á fin de que cantaran con el fulgor de su rielante claridad las magnificencias de su poder y de su sabiduría.

El pueblo se sentia inspirado, y en sus horas de inspiracion benéfica la inspiracion del pueblo es sublime.

Impaciente por ver realizada cuanto antes su idea, Roma determinó erigir inmediatamente la perspectiva del monumento con que habia resuelto inmortalizar la memoria de la incomparable piedad del Padre Santo.

Con asombrosa celeridad el mundo vió aparecer uno de los mas bellos diseños engendrados por el arquitectónico genio. Las virtudes agrupadas en los estribos del arco de triunfo sostenian la victoria de la justicia y la Religion.

El pueblo imprimió en la cúspide de aquel monumental frontispicio estas palabras que todos los romanos tenian grabadas profundamente en el alma:



OVACION Á PIO IX CON MOTIVO DE LA AMNISTÍA.

ONORE GLORIA

A

PIO IX

CUI BASTA UN GIORNO

PER CONSOLARE I SUDDITI

E MARAVIGLIARE IL MONDO.

Jamás se vieron tan íntimamente relacionados los súbditos con el soberano, como Pio y sus pueblos. El bello ideal de los poetas políticos se realizó en aquellos días. Roma era una familia; Pio IX el padre, los romanos los hijos.

Dotado de un corazón paternal, el Santo Pontífice apenas podía sobrellevar el inmenso peso de su júbilo. La vehemencia de la expansión constituye una verdadera tortura para los corazones exquisitamente sensibles. Pio IX sufría de tanto gozar, y su pueblo no se daba por satisfecho de los testimonios de gratitud que á Pio IX daba, porque, con ser como eran los mas elocuentes que ha presenciado el mundo, le parecían frios, y quizá lo eran, comparados con la intensidad y el ardor del entusiasmo que en él ardía.

Aquel conmovedor espectáculo era un aliciente poderoso que impulsaba mas y mas al Soberano en el camino de las mejoras para el pueblo que tanto le amaba.

Las demostraciones de júbilo eran tan intensas y sobre todo se prolongaban tanto, que el 19 de julio de 1846 Su Santidad expedía por la Secretaría de Estado el siguiente aviso: «Vivamente conmovido el Padre Santo por las demostraciones espontáneas de amor filial que le han hecho los habitantes de esta ciudad en las dos noches precedentes, se cree en el caso de manifestarles su sincero y pleno reconocimiento. Sin embargo, como la moderación aumenta siempre el mérito de las mas bellas acciones, en la actualidad desea el Papa que, poniendo término á esas extraordinarias manifestaciones de sincera alegría, el buen pueblo de Roma, para quien los deseos del Soberano Pontífice equivalen á mandatos, le dé en las presentes circunstancias una nueva prueba de su docilidad.»

Si bien en Roma se calmó algun tanto el ardor de los festejos, no así en las demás ciudades pontificias, en las que se gastaban sumas considerables, que el pueblo en la embriaguez de su entusiasmo proporcionaba, sin prever que aquellos dispendiosos gastos eran parte de los recursos indispensables para la subsistencia de muchos; así lo apreciaba Su Santidad, quien mandó al cardenal Gizzi expedir la circular que va á leerse, y que es dato precioso para calcular los grados del santo fervor que abrasaba en su generalidad á los pueblos romanos.

«Dispuesto siempre Su Santidad á preferir á su gloria la verdadera felicidad de sus súbditos, mézclase á su gozo alguna aflicción que se le acibara al considerar que estos festejos se hacen con el producto de contribuciones voluntarias, y no puede sufrir que por su causa sean gravados sus pueblos con gasto alguno; ve además con dolor el Padre Santo que, abandonándose á ese entusiasmo la generalidad de las poblaciones, desatienden las ocupaciones domésticas, que son las que segun su clase les proporcionan lo que han menester para su subsistencia; y esta segunda pérdida en detrimento de sus amados súbditos afige de nuevo su corazón paternal.»

Lenguaje que expresa la tierna solicitud de Pio IX, quien lejos de halagarle los resplandores de la gloria que le provenia de la mas duradera ovacion que ha presenciado el siglo,—y quizá los siglos,—se apresura á enfriar con prudentes calmantes el delirio popular, atendiendo á que la glorificacion que del pueblo recibe puede causar algun quebranto, aunque ligero, al bienestar de sus súbditos.

Y puesto que de las demostraciones populares hablamos, parécenos aqui oportuna ocasion de preguntarnos: ¿Eran ellas sinceras? ¿su móvil era recto? ¿la intencion que las impulsaba era santa?

En primer lugar debemos recordar que las ovaciones consagradas á Pio IX á su advenimiento al trono eran la continuacion de las ovaciones que habia recibido en Imola y Espoleto; de las que habia recibido en San Miguel y en *Tata Giovanni*, esto es, la ovacion á las bellas cualidades de su angelical alma, y sobre todo á su carácter bondadoso, á su celo sacerdotal, al espíritu de su altísima caridad cristiana.

El pueblo romano recordó en un momento toda la historia del grande elegido, y, como pueblo sensible é impresionable que es, dió rienda suelta á la expresion de su inmensa alegría.

Y como cada dia que pasaba era testimonio de algun acto de franqueza, de expansion, de amor, de paternidad, de afecto entrañable á su pueblo de parte de Pio IX, de ahí que el oleaje de los aplausos crecia, y el entusiasmo iba acercándose al grado de tempestad.

Con perdon sea dicho de los que se alarmaron ante las intensas manifestaciones de aquel entusiasmo; mirado con ánimo sereno, era el hecho mas natural en un pueblo de las condiciones del pueblo romano, pueblo de ardiente carácter y de aspiraciones gigantescas, pueblo que no ha perdido jamás la fe religiosa ni la esperanza política, y que por lo tanto, al ver personificadas en un pontífice simpático física y moralmente esta esperanza y aquella fe, debió explotar, como explotó, en un inmenso *Aleluya*.

Sí, el gran cómplice de aquellas ovaciones era la grandeza misma del alma de Pio IX; sus virtudes, que cada dia se exhibian con un nuevo resplandor, enfervorizaban el ánimo del pueblo, á cuya vista la figura del Papa iba creciendo por momentos hasta aparecer luego casi con las proporciones de un ídolo.

Reconocemos la parte que pudieran tomar en estas demostraciones los que por cálculos de proyectos menos santos estaban interesados en conservar la efervescencia entusiasta del pueblo para convertirla en efervescencia revolucionaria; empero de reconocer esto á convenir en que el sentimiento predominante en los transportes del pueblo romano y del universo cristiano no era católico, espontáneo y legítimo, va diferencia inmensa.

Si tal cosa concediéramos, quitaríamos la consoladora significacion de una de las páginas mas conmovedoras de los anales religiosos contemporáneos.

Hemos dicho que el Padre Santo correspondia al amor de su pueblo estableciendo cada dia una saludable reforma en la marcha administrativa de sus Estados.

Abrió de par en par las puertas del Quirinal para que sus súbditos pudiesen llegar con felicidad á su presencia, y á fin de estrechar de esta manera con ellos sus directas relaciones. Asi todo romano podia llegar á la presencia de la mas augusta autoridad de la tierra y exponerle con franqueza respe-

tuosa lo que juzgase conveniente. ¡Oportuno modo de conocer á fondo las necesidades públicas! De este modo Pio IX realizó el voto expresado por el marqués de Azeglio á Gregorio XVI cuando le decia: «Santísimo Padre, sed todavía mas absoluto de lo que sois, si bien os parece; empero haced que podamos conocer sin ambages la voluntad de vuestro Gobierno, y, sobre todo, que se nos conceda fácil acceso á vuestra presencia.»

La reforma de los tribunales; que era con razon reclamada, fue otro de los actos del período inaugural; suprimió luego el impuesto sobre la sal y el de las patentes, y creó una Junta nacional bajo la presidencia del Cardenal secretario de Estado.

En los preámbulos de los decretos, directamente inspirados por Pio IX, se destaca el pensamiento que forma el espíritu de las reformas establecidas.

La soberanía habla en ellos el lenguaje de la paternidad, sin que el carácter paternal del Estado amengüe la fuerza de la autoridad política que reviste el padre que habla. Aquella franqueza inacostumbrada en los diplomáticos, aquella mezcolanza sorprendente de la fortaleza gubernativa con la dulzura familiar que se nota en los documentos de Pio IX embelesaban al pueblo romano, que oía expresadas por la lengua de su Pontífice sus propias reclamaciones, y satisfechos espontáneamente por su alta autoridad sus mas íntimos votos.

Lo que en aquel período caracterizó mas perfectamente el espíritu de Pio IX fue la admirable prudencia con que tocó todas las cuestiones relacionadas con el gobierno de su augusto antecesor. La diferencia de circunstancias en que ambos Papas se colocaron permitia al último una actitud muy diversa de la que en las cuestiones políticas convenia al primero.

Pio IX puso sumo cuidado en no hablar jamás sino con elogio del gobierno de Gregorio XVI. Mientras el pueblo para hacer resaltar las excelentes cualidades de aquel, establecia un contraste entre su bondad, mansedumbre y caridad, y lo que se llamaba la intolerancia é inflexibilidad de este; Pio IX consignaba en sus alocuciones y preámbulos de los decretos que, obrando de la manera que obraba, no hacia otra cosa que realizar los votos y deseos de Gregorio, y que recoger el fruto de las ventajas que aquel habia sembrado en el campo de la política y en el de la administracion.

No existia, pues, rivalidad alguna ni en las personas, ni en el sistema adoptado; la diversidad solo estaba en las circunstancias.

No hubo ramo de administracion del que dejara de ocuparse por sí mismo y con atencion profunda el Sumo Pontífice.

Estableció el orden en la hacienda y la economía en el presupuesto, porque, amigo de la simplificacion de la máquina administrativa, cercenó todas las ruedas supérfluas, para que, á la vez que fuera menos gravoso el movimiento económico, fuera tambien mas fácil su observacion y el remedio de sus imperfecciones. Niveló, no de nombre, sino de hecho, los presupuestos del Estado, sin sacrificar á mezquinos cálculos el cultivo de las artes y de las ciencias, porque jamás para un soberano ilustrado los gastos prudentes consagrados al verdadero progreso pueden ser tenidos como gastos infecundos.

La regularidad en los presos criminales y políticos fue procurada con eficacia, y emprendida la revision de los códigos civiles y criminales.

Reformas, actos importantísimos á cual mas, realizados con inconcebible celeridad y con admirable tino.

De sorpresa en sorpresa, Roma, es decir, la Roma desapasionada, la Roma sedienta de paz y de orden, la Roma aspirante á una administracion fácil, recta é ilustrada, veía cumplido y aun traspasado su bello ideal.

La situacion de la prensa fue tambien objeto de las atenciones del Gobierno pontificio. Para coartar los abusos de la arbitrariedad, que son indispensables siempre que no exista una legislacion detallada, Pio IX se ocupó en dictar á todo una ley, para que existiendo una ley para todas las funciones importantes de la vida pública, todo marchara con perfecta regularidad.

Queriendo, pues, someter la prensa á la ley, creyó el Papa dispensar á los publicistas de buena fe una verdadera proteccion.

El espíritu de la ley de la prensa se expresa por completo en el preámbulo de que la precedió el cardenal Gizzi, secretario del Estado:

«Siendo la prensa, dice aquel documento, una de las instituciones modernas destinadas á acrecentar el poder de la palabra y á multiplicar los bienes y los males, las verdades y los errores, fue objeto, desde el origen, de la solicitud de los Soberanos Pontífices, ya para favorecer sus útiles progresos, ya para contrapesar los peligros por ella engendrados. Como á gloriosos monumentos de esta doble vigilancia conviene citar, por una parte, las imprentas que han conseguido alta celebridad bajo la proteccion de los Papas dentro de Roma, y fuera de la ciudad bajo la de los respectivos obispos; por otra parte, las sábias leyes establecidas para enfrenar los abusos de tan noble arte, é impedir que mientras ofrece nuevos socorros y riquezas al espíritu humano, sirva para alterar la fe y corromper las costumbres de los pueblos.»

«La forma de estas leyes debe recibir de vez en cuando sucesivas modificaciones, á medida que el mayor número de autores y libros impresos haga demasiado lento ó incompleto el exámen á que deben someterse de los únicos censores hasta hoy á ello destinados. Para evitar este inconveniente, y hacer mas segura y pronta la censura, el papa Leon XII, de feliz memoria, hizo publicar por su cardenal vicario el edicto de 18 de agosto de 1825. La intencion de su augusto sucesor, el Papa felizmente reinante, es mantener en vigor aquel edicto en lo que atañe á la censura científica, moral y religiosa.

«Por lo que respecta á la censura política, aquel mismo edicto, en su párrafo 8 del título I, ordenaba que todo escrito destinado á la publicidad que pudiera excitar las reclamaciones de los Gobiernos extranjeros ó suscitar controversias en el Estado, no pudiera ver la luz pública sin un permiso previo de la Secretaría de Estado. Mas hoy es tal la cantidad de producciones inspiradas por las necesidades de la época, y en las que se trata directa ó indirectamente, en todo ó en parte, materias que se relacionan con la política, que se hace ya imposible á la Secretaría de Estado satisfacer á todas las solicitudes con la prontitud que naturalmente los autores desean.

«En consecuencia, Su Santidad, queriendo evitar el que esta dificultad ni pueda trabar una moderada libertad de la prensa, ni la deje degenerar en funesta licencia, despues de oida la opinion de las autoridades competentes, nos ha ordenado establecer de la manera siguiente en Roma y en las provincias un consejo de censura, al que de hoy en adelante los examinadores eclesiásticos ordinarios deberán enviar todos los escritos políticos, despues de haberlos examinado, para asegurarse de que nada contrario se halla en ellos contra la religion, la moral ó las leyes.»

La emision del pensamiento encontró por este decreto la libertad comple-

ta dentro de la rigidez moral. La censura política confiada á los seglares significaba el propósito de una verdadera y sensata tolerancia en las discusiones del orden terreno.

¡Qué extraño es, repetimos, que el pueblo romano aplaudiera, si de tal manera secundaba sus deseos, y hasta sus dorados sueños, al Papa providencial que acababa de obtener! Y cuando á la idea de aquellas acertadas medidas se unia la consideracion de la juventud, del vigor, de la robustez del soberano que las decretaba, ¿qué mucho que llegara al mas ferviente grado el entusiasmo del pueblo, que veía en su porvenir un horizonte sin límites de bienestar?

Mientras gobernaba segun el criterio de la mas estricta equidad, el corazon de Pio IX, lleno de sentimientos de beneficencia, se dilataba, y sus expansiones paternales producian nuevas casas de asilo, nuevas escuelas, depósitos de mendicidad, nuevos hospicios refugio de las miserias.

«Ya no somos un pueblo, exclamaba ante el espectáculo que ofrecia Roma en aquel período un hombre de ideas algo avanzadas, somos mas que un pueblo, somos una sola familia; no tenemos rey, tenemos un padre, á cuya solicitud nada se escapa, y á cuya inteligencia ninguna necesidad se esconde.»

Las buenas disposiciones del pueblo romano, manifestadas por tan brillantes actos, le indujeron á conceder lo que era objeto de los votos de una gran parte del pueblo, esto es, la institucion de la guardia cívica, ó sea, de la milicia nacional. La promesa de este nuevo deseo la hizo Su Santidad al príncipe Aldobrandini en el dia 5 de julio de 1847, fecha en que el pueblo romano celebró el aniversario de la amnistía.

El Papa, sin embargo, se reservó el señalar la época en que su promesa debia realizarse; empero la palabra de Pio IX era tan sagrada para los romanos, que obtenida su concesion diéronla ya por realizada.

Este nuevo acto fue considerado de la importancia del de la amnistía. Y en efecto, no puede ocultarse la suma trascendencia del paso.

El pueblo armado es, por regla general, un peligro permanente para la autoridad, y por lo mismo para el orden; empero circunstancias pueden darse en que sea tambien una garantía para la nacionalidad y para las instituciones.

Roma, hasta en las épocas de la pujanza de su soberanía política, ha tenido escaso ejército. Siendo Gobierno esencialmente de paz, el pontificio se ha preocupado poco de los elementos de guerra. Las circunstancias especiales en que Roma se encontrara en aquel entonces, la efervescencia que reinaba en toda la Italia, la desconfianza que el Austria no ocultaba hácia el Gobierno romano, razones poderosas eran para que el Pontífice pensara en organizar la defensa nacional.

Entregando las armas á los romanos, el Papa las entregaba á sus amigos; la bondad de su corazon resistia hasta la idea de la posibilidad de una traicion. Los espíritus fieles acostumbran á ser espíritus confiados; para ellos la infidelidad es tan negra que no se atreven á sospecharla, y por consiguiente, desechan la desconfianza porque la creen en el fondo tan negra como la infidelidad.

Pio IX habia visto acudir á su sombra, prosternarse á sus plantas, jurarle fidelidad y obediencia los reos de las mas atroces rebeldías; los mas activos propagandistas de la revolucion europea habian derramado una lágrima de

arrepentimiento sobre las benditas sandalias del Pastor de la cristiandad; los hombres del odio, como avergonzados ante la augusta personificación de la caridad en la tierra, habían exclamado ante las turbas: «Padre Santo, te amamos;» los agitadores, para los que es familiar el grito de «muera,» se acostumbraban ya á pronunciar el «viva» dirigido al que es por su autoridad la salvaguardia de todos los intereses y principios sociales.

Si puede existir un soberano para el que sea lógica y bien fundada la confianza en su pueblo, este soberano había de ser Pro IX.

Preciso es convenir que la noticia de la promesa hecha por este Pontífice al príncipe Aldobrandini llenó de zozobra á una gran parte de ciudadanos romanos; sus temores se convirtieron pronto en un verdadero pánico, y todos los hombres tímidos se sintieron osados para formular una oposición tremenda al sistema político de Pro IX.

Aquella promesa fue como la señal de la formación de un gran partido antipapista, cuya actitud, como es fácil suponer, indignó á los acérrimos defensores de la táctica por Pro IX adoptada.

El Austria, que esperaba y acechaba impaciente ocasión de tomar una actitud más pronunciada y decidida en defensa de la parte de Italia que le era imposible conservar, encontró un momento feliz de realizar sus proyectos.

Entonces la imaginación del pueblo entró en un verdadero delirio, y los malvados encontraron de nuevo la perversidad de sus instintos, que si no había desaparecido en ellos, á lo menos se había notablemente amenguado ante el carácter benéfico del Papa.

El pueblo, una parte para defender á este, otra para realizar sus planes revolucionarios, pidió armas, porque veía una conspiración organizada en el interior contra las conquistas obtenidas, y una asechanza en el exterior contra la integridad nacional.

Los personajes más adictos al pontificado de Gregorio XVI eran señalados públicamente como el núcleo del partido *antipapista*, el que—sin motivo alguno—decían forjaba una espantosa conspiración contra la existencia y la libertad de Pro IX. Las muchedumbres sobrecogidas de espanto, gracias á siniestros anuncios fraguados en el secreto de los clubs, creíanse en vísperas de una noche de san Bartolomé; la idea de un golpe de estado era la espada de Damocles suspendida sobre la radiante frente de la libertad que Pro IX había entronizado y coronado.

En aquellos días hubieron de ocultarse á las miradas del pueblo hombres eminentes y leales como el cardenal Lambruschini, el prelado Grasellini, el coronel Freddi y otros que, con sinceridad digna de respeto, disientan en el modo de apreciar la política pontificia del de sus consejeros íntimos.

Dos corrientes dejaron sentirse inmediatamente en aquel peligroso período en medio de los partidarios de la política piista. La de los que continuaban creyendo que con ella se aumentaría la gloria del Pontificado y la bienandanza del pueblo, y la de los que tendían á explotar las concesiones para basar en ellas una revolución radical premeditada y combinada.

El himno de Pro IX continuaba siendo el canto de los primeros; el de los segundos fue desde aquella hora el himno á la *Jóven Italia*.

Sterbini dictó á las turbas entusiastas la poética expresión de las ambiciones populares; hé ahí lo que en marciales aires cantaban las muchedumbres al rededor de los monumentos que les recordaban las proezas de sus ante-

pasados, y hasta junto al Quirinal, en que moraba el que era apellidado *el Pontífice del porvenir*:

«Ó Roma, sacude el vergonzoso polvo;—de laurel y olivo veamos ceñida tu frente,—alegría y júbilo sean tus cantos;—brille de nuevo en tí la auréola del eclipsado resplandor:—la bandera que Felsina envía—es de la paz afortunado augurio—y de una santa alianza invalorable prenda;—es el don de un hermano á otro hermano.

«El sonido de las guerreras trompas—despierta ya á los descendientes de Quirino;—saludemos la fraternal enseña—que altiva ondea en las orillas del Tiber.

«Permanezca plegada la fraternal bandera—cerca del trofeo de Mario—y debajo las alas del águila soberbia—que te espera en la roca Tarpeya,—hasta que en los días de fatal peligro,—suelos al aire sus jirones venerandos,—contra los furios de un pérfido destino—Roma la saludará como á su esperanza.»

En este himno Sterbini daba un atrevido paso; callaba en su expresión de entusiasmo el nombre de Pro IX y la bendición á sus virtudes, que había sido hasta entonces la fórmula obligada de las expansiones populares. ¡Calculado y pérfido silencio que equivalía á millares de declamaciones!

Preparada ya la atmósfera, ardiente de entusiasmo el pueblo, frenético para empuñar las armas en defensa de las nuevas instituciones, llega una noticia alarmante de parte del Austria, y suena de repente el grito de «á las armas.»

Hombres de todas condiciones, nobles y plebeyos, industriales y hacendados, se lanzan á la calle. Ábrese la inscripción á la milicia, se constituyen los cuadros de sus batallones, se nombran interinamente sus jefes; y cuando todo se halla organizado con un orden y una rigidez sin ejemplo, se acude á Pro IX para obtener su preciosa sanción.

Pro IX la concede, y nombra general en jefe de la milicia romana al príncipe Rospigliosi, y al duque de Regnaño jefe de Estado mayor.

La guardia cívica recibe estos nombramientos y aquella sanción con inequívocas muestras de entusiasmo: «El Papa continúa con nosotros; viva Pro IX.» Tal es la expresión obligada de los nuevos cuerpos.

Todavía no se había logrado pervertir el espíritu de la gran ciudad; todavía era inmensamente superior el número de los hombres de buena fe: la mayor parte de los hombres de bien empuñaban las armas, y los caudillos pertenecían en su mayoría á la nobleza romana, una de cuyas glorias históricas es la lealtad á la soberanía pontificia.

¿Será la guardia cívica de Roma un modelo de milicia nacional, como Pro IX era un modelo de soberanos? El pueblo de Roma armado ¿será el primer *pueblo-ejército* que habrá comprendido sus deberes, como Pro IX era uno de los pocos soberanos que comprendieron los deberes de la soberanía?

Tal era la pregunta que se dirigían los hombres desapasionados, que no podían menos de reconocer que todo lo que en Roma acontecía era extraño, excepcional, prodigioso.

El pueblo se había armado sin sacudimiento, y á la sombra de las armas del pueblo la piedad y las instituciones recorrían en paz su camino.

Los detalles de la organización de la guardia cívica revelan que Pro IX comprendía la necesidad de rodear aquella atrevida institución de medidas